

SÁBADO

–No se oye nadie, vaya nomás –susurra mi madre al borde de la puerta.

Gira la manilla con cuidado, sin hacer ruido. Es una técnica depurada por los años. Su delgada muñeca se mueve hacia la derecha y en un acto de magia que enmudece el mecanismo rechinador de la chapa entreabre la protección que nos separa de la angustia. Es un horror tan sigiloso e invisible que puede interpretarse como una invención de una mente afiebrada. Pero mi vieja y yo llevamos años detectándolo. Años aprendiendo a vivir con él. Con el miedo. Mi vieja, María Teresa, tiene 60 años, los dientes se le vienen cayendo desde su cincuentena. Hace siglos que no va a la peluquería, su pelo lacio y corto no le alcanza a llegar a los hombros, las canas se las tapa con la tintura Koleston color café cobrizo. Está famélica, encorvada y su fragilidad aparente evoca una figura de papel recortado que flota valiente frente a una tormenta que va a arrasarlo con todo.

Pero yo sé que ella es fuerte.

Estamos encerrados en una pieza pequeña, con muros grises de volcán sin pintar. Solo hay ruinas impregnadas de lo que alguna vez fue un papel mural y esos restos de empapelado dejan ver algunas flores azules que se deslizan verticalmente en algunas esquinas. A veces me pongo a examinarlas y me pongo a fantasear y las veo como

hendiduras de un paisaje que está más allá de los límites del dormitorio. Pequeñas ventanas con flores azules en segundo plano y cielos serenos de fondo que llevan hacia un mundo mejor. Pero ahora no puedo ver nada más que restos de papel mural.

La tarde me asfixia con su calor seco de este verano santiaguino que no termina, pese a que es marzo y que estoy contemplando las persianas cerradas en esta habitación de tres por cuatro metros de un edificio de la Villa Frei. Estoy sentado en una de las camas de una plaza que mi vieja consiguió en los Traperos de Emaús. Siempre me imaginé gente vestida con trapos cuando mi madre me decía que quizás los Traperos nos podían ayudar a conseguir una cama para cada uno, una estufa, un anafe.

La estufa aún no la tenemos, pero poco importa en esta época del año. El anafe sí nos llegó; es pequeño, de color azul metálico y funciona con corriente. Sobre él mi vieja cocina arroz y tallarines para los dos. Tallarines y arroz. Posta, cuando hay suerte o cuando recibe su jubilación de invalidez de 30 mil pesos.

Ella me está diciendo vaya nomás mijito cuando estoy hablando con mi mejor amigo. Si me vieran pensarían que solo estoy viendo televisión a menos de un metro, sentado en el borde de la cama. Pero la verdad es que estoy hablando con el televisor IRT en blanco y negro, de plástico blanco, que ya no tiene la perilla para cambiar los canales. Uso un alicate viejo para dar vuelta la perilla y así evitar al señor gordo que se ríe de la gente y que hace concursos para regalar un auto o un refrigerador. Pero Mario y sus *Sábados Gigantes* es un imán al que vuelvo porque no hay nada mejor; porque no es domingo y no puedo ver *Magnetoscopio musical*, uno de mis favoritos, un programa con videos que veo sin escuchar, con el volumen ahogado,

para no hacer ruido. Solo veo las imágenes, las bocas de los cantantes moviéndose mudas, y me llevan a una pequeña fiesta de alegría donde puedo bailar y reír y gritar.

–Ya voy, mamá, estoy que me hago –susurro.

Me levanto con una angustia en medio de las costillas y a mi derecha observo de reojo las persianas. Las persianas que cubren un ventanal a través del cual deberíamos estar disfrutando del paisaje de la calle Ramón Cruz desde este sexto piso deberían estar abiertas. Departamento 66 de Ramón Cruz 652, Villa Frei. Pero en esta tarde de verano de 1988, las persianas cruzan el vidrio como barrotes horizontales delante de mí y me pierdo mirando el polvo que las cubre y que me gustaría limpiar. Pero no. Haría mucho ruido y no queremos que nos escuchen ni nos vean.

–Vaya mijito, vaya –susurra de nuevo mi madre y cruzo delante de ella, la miro hacia abajo, veo sus aros de perlas de plástico colgando de sus orejas, su vestido verde comprado en una tienda de ropa usada y sus zapatos con cierre y color café ratón que cubren sus pies cansados.

Respiro hondo y salgo y cierro la puerta detrás de mí. Giro la manilla con cuidado. Mi muñeca se mueve hacia la izquierda y compruebo que también sé enmudecer el mecanismo rechinador de la chapa.

No hay nadie en el pasillo. Todos duermen la siesta.

Me gustaría decir que mi corazón late rápido y fuerte y que la adrenalina va a hacer estallar mis venas al salir de nuestra pieza que, en rigor, no es nuestra pero que es el único lugar donde sentimos algo de paz. He llegado a creer que si me pongo nervioso y mis pulsaciones aumentan, los ocupantes de este departamento podrían escuchar mis pu pum pu pum y podrían molestarse, porque además

de recibirnos en su propiedad –ahora contra su voluntad– podrían indignarse aún más porque provocamos ruidos.

Llevamos un año viviendo en este departamento y unos ocho meses encerrados en la pieza casi el 90 por ciento del tiempo. Cocinamos a veces, escuchamos radio, dormimos y la mayor parte del tiempo susurramos. Hablamos tan bajo que casi llego a creer que actuamos por telepatía. O que nos transmitimos el pensamiento, como dice mi vieja.

Los primeros cuatro meses fueron bastante buenos: nos sentábamos a la mesa con los demás, nos reíamos, me preguntaban qué quería estudiar, qué libros había leído, lo último que había dibujado o escrito. Porque eso hago: dibujo y escribo mucho, y todo el tiempo lo hago para olvidar que vivo esta vida. Paseábamos juntos por el parque, yo conversaba con las chicas que viven en este piso, compartíamos ideas y visiones y todo encajaba perfecto. Hasta tuve la idea de que esta vez podía ser diferente; que sí podríamos dejar de ser los allegados.

Allegado.

Allegarse.

Yo me allego.

Tú no te allegas.

Mi mamá sí se allega.

Nosotros nos allegamos.

Ellos nunca se allegan.

Ellos, ellos me dan terror.

Ellos son los dueños.

Vosotros ¿os habéis allegado?

Recuerdo la primera vez que escuché la expresión “¡allegados de mierda!”, y otra que decía “¡hastacuándoporlaconche-sumadre!”. Un grito de corrido. Fue, creo, a los seis o siete años. Era en otra casa. Otro tío, el tío Wallace.

Ahora tengo 16 años y con mi vieja hemos sido allegados casi toda mi vida. Ella me ha contado que alguna vez tuvimos un departamento en Santo Domingo. He visto una foto de ese lugar. Estoy en los brazos de mi vieja, cuando ella tenía 45 años. Detrás de nosotros hay una cuna y me da risa ver la guagua que soy en esa foto.

Estoy pensando todo esto mientras camino siete pasos hacia el baño, uno, dos, tres, sin que las pisadas produzcan sonido, cuatro, cinco, seis, siete y cierro rápido la puerta. Hago el truco de la perilla y hago desaparecer el chirreo. Soy un mago, soy un mago, me repito tratando de hacer un chiste pero no logro reír. Prendo la luz con precaución para que el click del interruptor no suene muy fuerte. Miro el espejo y veo el pálido reflejo de mi rostro: estoy más flaco que el año pasado, mi pelo negro azabache está largo –me lo acaricio con la mano derecha– y mi nariz ha crecido bastante. Soy narigón, muy narigón; mis compañeros de liceo me molestan por eso. “Cyrano de Bergerac”, me gritan los más cultos; “presta la nariz pa’ colgar la ropa”, los más creativos; “se la hai metido a tu polola”, los más cumas. Puede ser gracioso, pero no me reí entonces ni ahora. No puedo. Me reviento una espinilla en la frente y otra en la sien y limpio la pus y la sangre y me saco los puntos negros que invaden lo que era la cara de un niño normal.

Levanto despacio la tapa del WC, me bajo el pantalón y tomo posición: comienza el alivio de las tripas. He aprendido a aguantar las cagaderas y las ganas de mear durante dos días, como máximo. Ahora llevaba aguantando unas tres horas, esperando que todos se durmieran. Suprimo el estertor de mi sistema digestivo y logro, en un primer movimiento, la salida de lo que llamo los “pedos ninjas”, apenas una serie de imperceptibles silbidos con los que me saco los gases de encima. Luego pujo e intento apuntar la eyección del mojón y así

evitar que caiga directamente al agua. El *splash* y posterior *glupglup* que produce la zambullida de un mojón es una fuente de estridencia en el letargo de una tarde de sábado. Muevo el culo hacia la izquierda para que la caída de la feca sea amortiguada por la ladera interior del WC. Lo consigo y la veo deslizarse lentamente hasta hundirse en el agua.

Lo bueno de comer tallarines y arroz es que te aseguras que salgan deposiciones sólidas y de fácil maniobra. El problema es que te demoras más tiempo en hacer. Quizás alcance a una paja, una rápida, pienso. Soy un pajero tardío, comencé hace poco, recién el año pasado cuando en el liceo al chico Burgos se le ocurrió organizar maratones de porno en VHS en su casa, cobrando una cuota de 50 pesos. “Somos legión”, decía yo en broma, porque en esos meses estaba leyendo la novela de William Peter Blatty *Legión*, una continuación literaria de *El exorcista*. William Peter Blatty escribió *El exorcista*, hizo el guión de esa película de terror y siguió con esta novela en la que un detective se enfrenta a lo maligno y demoníaco de unos asesinatos conectados no a un demonio, sino que varios juntos que decían “somos legión”. Nadie me entendía la broma, solo el Luciano, el amigo que me prestó el libro y a cuya casa voy a veces a ver películas de verdad. No pornos. De terror, clásicos, comedias, de acción, pero casi siempre de terror. Aunque vivo asustado, amo el terror.

Estoy pensando en Rubi, la *pornostar* de la última película que vimos en la casa del chico Burgos, una trigueña de tetas enormes, cuando la puerta del baño empieza a temblar por los tumbos dados desde afuera. Tres golpes fuertes me traen de vuelta a la realidad.

—¡Sale luego poh! ¡Ya no doy más, estoy que me hago!

Aún no termino de cagar, pero no importa. Me limpio rápido. Ya ha habido quejas de que el papel higiénico se

acaba muy luego, así que me tomo lo justo para no echar más leña al fuego.

“Por qué chucha no fui al baño chico”, me digo con tono de autorreprimenda, pero sé la respuesta. En el cuarto chico, donde queda el baño chico, están durmiendo la siesta las Yeguas, las dos hijastras de mi tío Pancho, el dueño de casa, el mellizo de mi mamá, el hombre que en estos cuatro últimos meses pasó de convertirse en casi un padre a la persona que más odio en el mundo.

Las Yeguas son intocables, todopoderosas y tienen mi misma edad. Pendejas de mierda. Se pasean en calzones y en polera, sin sostenes. Yo no quiero interponerme en su camino porque no tengo la fuerza para enfrentarlas. Me destrozarían. Abro rápidamente la llave del lavamanos, tomo el resquebrajado jabón LeSancy, me remojó los dedos en segundos y abro la puerta. No alcanzo a secarme.

Frente a mí veo un par de ojos inyectados en sangre, rodeado de arrugas, un bigote delgado bien cortado y una nariz tan grande como la mía. Mi tío anda en calzoncillo, lleva una camisa arremangada y tiene un Derby sin encender entre los dedos de la mano derecha y el *Fortín Mapocho* en la izquierda.

–Buenas tardes, señor –murmuro mientras paso por su lado agachando la cabeza y me interno raudo hacia la pieza.

–No ‘ta ni hedionda la hueá, pendejo pajero –oigo que reclama.

Pero está equivocado. Él no sabe que cagar sin olor es otro de mis trucos.

DOMINGO

El aceite Belmont que mi vieja le puso a las bisagras evita el chirrido. Lo hizo días antes, en pocos segundos, cuando estábamos solos en el departamento. Se estiró ágilmente con un poco de papel confort para llegar a la bisagra de arriba, la envolvió y la limpió con el papel aceitado, luego hizo lo mismo con la bisagra del medio y se puso en cuclillas para alcanzar la de abajo. Abrió y cerró rápido tres veces para comprobar que había matado cualquier indicio de chillido metálico.

En esa ocasión mi vieja me miró de reojo desde el umbral y me hizo una mueca para sacarme una risa. Moduló palabras groseras como si estuviera actuando en una película muda, hizo bailar sus enormes ojos negros y me montó un show breve que me provocó una risa nerviosa. Estábamos a nuestras anchas y siempre que surgían estos espacios de libertad me sentía despertando de una pesadilla.

Pero ahora no. Ahora ellos están en la casa. Silvio Rodríguez a todo volumen suena en la radio casete Sony que tiene mi tío instalada sobre una mesa de madera. Escucho los alaridos que pasan a través de nuestra pared; lamentos de unicornios azules perdidos que me retuercen el estómago y que siempre me contengo de comentar negativamente cuando mis compañeras del liceo idolatran y cantan las letras una y otra vez del cubano.

Abrimos la puerta de la pieza lentamente, mi vieja sale primero, como un escudo humano, *mi escudo humano*, y la sigo agazapado detrás de su pequeña figura mientras miro las bisagras y ruego para que no suenen. Vamos a paso rápido y los pies apenas rozan el piso, en un acto de levitación imperceptible.

Es de mañana, mañana de domingo, y en el living-comedor, por donde obligadamente tenemos que pasar, mi tío, de camisa blanca, pantalón gris y chalas, toma una taza de té sentado en su comedor. Lee el diario mientras las mellizas, la Ariel y la Judith, están tendiendo su uniforme de colegio en el balcón. Mañana comienzan las clases. Ariel, la madre de ambas (la Ariel “grande”), está en la cocina a puertas cerradas, hace chocar escandalosamente las ollas, cierra y abre el refrigerador, da tumbos con las portezuelas del mueble donde guarda los platos, cubiertos y más ollas, da gritos demenciales y lanza improperios dirigidos a nosotros.

–¡No saben dejar nada limpio estos hueones de mierda!
¡Hasta cuándo!

La perra poodle blanca, la Japón, la mascota de la casa, mueve su cola cortada cuando nos mira pasar y ladea la cabeza porque es la única que percibe la falta de roce entre mis pies y el piso.

–Buenos días –decimos mientras abrimos la puerta para huir.

–Buenos –responde mi tío con una voz cavernosa y lo miro por el rabillo del ojo para hacer un sumiso contacto visual. Pero es un esfuerzo estéril. Mi tío no nos mira.

Cerramos la puerta y nos vamos.

El pasillo del sexto piso es gris y de los dos ascensores solo funciona uno. Cuando salgo solo, especialmente cuando voy a pedir fiado donde “La Yoyita” o cuando voy al liceo, me gusta bajar las escaleras corriendo, con brincos de

escalones de tres en tres, y rebotar sujetado en la baranda para tomar un nuevo impulso y seguir bajando. A veces, cuando estoy seguro de que no hay nadie mirando, ni siquiera toco el piso y levito sin temor a ser descubierto.

Mi vieja busca en su chauchera roja los 74 pesos en monedas de diez (una), cinco (seis) y un peso (34) que ha reunido para pagar la micro.

Yo estoy vestido con mi mayor y mejor posesión, un par de zapatillas New Balance azules que me dio Mario Pereira, un compañero de curso. Como su familia tiene dinero, al principio no entendía por qué estudiaba en el liceo; luego de unas semanas me quedó claro: Pereira no entendía las fórmulas para sacar porcentajes y tenía problemas de aprendizaje. Me hice su amigo y le explicaba el entuerto con peras y manzanas.

–Te vas a asar. Sácate ese suéter –me dice mi madre mientras se abre el ascensor.

–Ta bien así, mami –respondo y al salir al lobby del edificio la humedad decae y me doy cuenta de que sí hace un calor de mierda.

Pero no me quiero sacar el suéter. Es de lana gruesa, verde, el color de los *invisibles*, me digo y me toco el brazo izquierdo con la mano derecha. Mis brazos son dos alambres raquíuticos y no quiero que el mundo se ría de mis brazos. Prefiero freírme por dentro a pasar de nuevo por las burlas del otro día. En este verano que está terminando intenté usar una polera de manga corta: la camiseta blanca que ahora llevo debajo del suéter. El Nicki, un hippie de 20 años que vive en el 51, estaba en la entrada del block hablando con el Tyrone, un boyscout innato, de esos repudiables eruditos en nudos y expediciones y fogatas.

Cuando el Nicki me vio pasar con mi polera, me gritó: “Pa’ onde vai, desnutrió”.

Y se rieron los dos.

No dije nada. El Nicki siempre me saludaba y me hablaba de libros y de las muchas veces que había dado la Prueba de Aptitud Académica. No estudiaba, pero había pasado por Filosofía, Antropología e incluso Teatro. Me preguntaba qué quería estudiar y yo le mostraba algunos cuentos y dibujos; él me daba ideas, comentaba sobre escritores y dos veces me prestó libros: *Crónicas marcianas* y *El hombre ilustrado*, que terminé en dos noches cada uno y se los devolví esperando más préstamos de Ray Bradbury.

Mi vieja ahora está aminorando el paso. Necesita detenerse y no llevamos ni 10 metros. No dice nada. Se sienta al borde de unas bancas de cemento apostadas a un lado del edificio, hurga en su cartera y encuentra su cajetilla de Life.

Prende un cigarro, me busca con la mirada.

–Háblame cualquier cosa, mijito.

Sé que no debo preguntar qué le pasa.

–Háblame cualquier cosa mijito –repite y busca de nuevo en su cartera la libretita donde tiene los números de teléfonos, pensamientos, oraciones a Sor Teresa de Los Andes y un papelito que dice: “Soy María Teresa Gamboa, vivo en Ramón Cruz 652, departamento 66 y sufro de pánico y agorafobia”.

–¿Te acuerdas de mi historia de ese vampiro amargado que estoy escribiendo y dibujando? El que se llama Mihai –le pregunto.

–Ay, esos monos tan diabólicos mijo, no me gustan nada.

–No, si esto es para la risa –digo y apaciguo mi pánico frente a la posibilidad de contener un nuevo ataque de mi vieja. Ya lo he hecho y sé de lo que hablo. Las pulsaciones aumentan; los doctores dicen que los afectados creen que sienten

taquicardias, pero ella sí sufre de taquicardias y de mareos y pierde esa fortaleza de mujer pequeña que siempre me ha sostenido. Durante estas crisis cree que se va a morir.

–¿Quiere que llame a la tía María Piedad? –digo rompiendo el cristal de emergencia y saltándome varios pasos en el protocolo que conozco. La tía María Piedad es la hermana mayor de mi vieja y a quien vamos a visitar a San Miguel. La llamada cuesta 50 pesos en los teléfonos públicos de la plazoleta cercana. Sus manos tiemblan y con el cigarro entre sus dedos niega con la cabeza.

–¿Todo bien señora María Teresa?

Es la vecina Carmen Victoria, que aparece de pronto entre los locales comerciales. De unos 40 años, es madre soltera de una insoportable niña de ocho años. Digo madre soltera porque todos lo dicen, como si fuera su nombre y apellido, y no le he tomado el peso a la expresión hasta hace poco tiempo. Carmen Victoria sufre de elefantiasis, es decir, posee una enorme pantorilla hinchada, con forma de pata de elefante que oculta bajo un pantalón brillante de tanto uso. En varias ocasiones me ha apuntado acusándome de ser el Diabolo escondido en el cuerpo de un niño que se hace pasar por bueno. “Un mosquita muerta de mierda”, dice. Carmen Victoria es fanática religiosa. Su departamento es su “segunda casa”; la primera es la iglesia ubicada detrás de los blocks.

Mi vieja mira ahora a esta mujer que se esfuerza por ser una buena cristiana. Mi vieja nunca habla mal de nadie. Tampoco de Carmen Victoria, aunque sabe que no me soporta.

–Todo bien, sita Carmen –responde mi vieja agitada y trata de calmarse–. Me apaniqué nomás. ¿Y usted? ¿Cómo está?

–Ay, yo bien, es que la vi con cara de aflicción. Acá nomás, preocupada por ese niño del Mauricio, el chascón del piso tres, que pone la música a todo chanco. Es música

s-a-t-á-n-i-c-a, sabe. Yo creo que el Demonio está haciendo su maldad en el edificio.

Con su bolsa con las marraquetas que acaba de comprar en La Yoyita, Carmen Victoria está hablando del Diablo y sus alcances bíblicos y del Apocalipsis y de la salvación del alma y su inmortalidad y la perorata parece calmar a mi vieja, cosa que agradezco. Pero cada vez que menciona las palabras diablo, pecado, posesión, blasfemia, abominación, me mira a los ojos y recuerdo su acusación de herejía. Fue en diciembre del año pasado cuando salí un momento a dibujar acá abajo, entre estos bancos de cemento y los plátanos orientales, para despejarme un rato, y su hija Valentina y dos de sus amigos me pidieron ver lo que estaba haciendo.

Y vieron bocetos y dibujos de demonios alados, vampiros ensangrentados, mujeres seducidas y desnudas, y el desarrollo de mis ideas sobre mi vampiro Mihai. Los pendejos vieron esos engendros y colmillos furiosos y pechos turgentes ensangrentados de actrices porno, y Carmen Victoria, al revisar enfurecida mis dibujos me tachó de loco poseído, pecador y todo lo demás.

–Bueno, cuídese señora María Teresa –gime la mujer y se va caminando en dirección contraria, hacia el departamento 34 de nuestro block. Nosotros nos disponemos a enfilar hacia Eduardo Castillo Velasco.

Mi vieja se incorpora y vamos hasta el paradero de micros. Nos subimos y ella le dice, casi al oído al conductor, si nos puede dejar en el centro por 180 pesos. Nos sirven dos micros: la 504 y la 451. Tras dos intentos fallidos, que nos obligan a descender de la máquina y a soportar que uno de ellos eche a andar el motor conmigo aún arriba, tenemos suerte. El trato es que una vez que nos bajemos le devolvamos los boletos y así los pueda revender. Y nos pide algo más:

–Si la micro se llena el cabro da el asiento.

Mi vieja respira con dificultad desde hace meses y la caminata de cuatro cuadras le hace sonar sus pulmones como si fueran dos fuelles a punto de reventar. Nos desplazamos sobre los adoquines de la Novena Avenida de San Miguel. Venimos caminando desde Gran Avenida, cerca de la Ciudad del Niño, que nunca fue una ciudad para niños como alguna vez pensé. Conozco estas calles desde siempre. Zonas sanmiguelinas de casas grandes y patios aún más enormes, porque con mi madre hemos vivido muchas veces donde mi tía María Piedad. Ahora venimos de visita, aunque en realidad uno va de visita cuando va y vuelve a algo parecido a un hogar, y la verdad es que mi vieja y yo estamos atrapados en un estado difuso. Así que creo que la palabra visita nos queda grande, por eso le digo a mi vieja que hacemos apariciones en la casa de mi tía.

El deterioro físico de mi vieja ha ido creciendo en los últimos meses. Se ha encorvado en un arco que, imagino, la derribará contra el suelo en unos pocos años. La miro de reojo mientras avanzamos lentamente por la Novena; al llegar a la Tercera Transversal pasamos frente al pasaje donde está la casa de la mamá de Jorge González, a quien oí ensayar cuando era aspirante a rockero. No sé si Jorge sigue viviendo acá, él no me conoce y yo a él sí: sus primeras canciones y ruidos llegaban hasta el gigantesco patio de mi tía María Piedad y desde que los vi en el programa del guatón Francisco, a Jorge y Los Prisioneros, me sentí interpretado. Tocado. Animado. Mis pocos amigos me dicen que me parezco a Jorge por lo flaco, por lo amargado. Qué se yo. Solo sé que las letras de sus canciones me hacen sentir vivo.

Hablando de vida, noto cómo a mi vieja se le ha ido la suya de pronto. Ella sufre de esta mierda de la agorafobia; fobia a los lugares abiertos, y debido a eso no puede andar sola por sitios públicos con gente. Es la enfermedad que

mejor combina con nuestra condición de allegados en un sentido trágico y por eso la detesto. Ni bienvenidos dentro de una pieza ni bienvenidos en el mundo exterior. Cada vez ella me necesita más y me reclama a su lado como si yo fuera un talismán. Las pastillas de Lorazepán que toma mañana, tarde y noche, apenas la calman. Ni siquiera la dosis sublingual de emergencia es suficiente.

Aclaro: ella es fuerte. Ha aguantado un montón en su vida, pero las crisis nerviosas y los ataques de pánico se han acentuado junto a sus dificultades respiratorias. Casi 50 de sus 60 años ha estado bajo la adicción al tabaco. No la culpo. La nicotina ayuda a calmar las cosas. Lo he comprobado. Siempre me dice que ella toma un pucho y lo aspira para no pensar, para distraerse junto a su tacita de café. Es agradable conversar con ella cuando fuma. Cuando se puede, claro, porque en la pieza de Villa Frei está prohibido. En esa zona de silencio solo es posible la transmisión de pensamiento que manejamos al revés y al derecho. Transmisión de ideas, bromas, chistes. Si hablamos nos reímos de las Yeguas. Del bigote raquíptico de mi tío. De la condición de lesbiana de la pobre Japón. De los apagones. De Pinochet en la televisión, porque mi mamá dice que es un hijo de puta que le quitó a mi papá. Es de lo poco que habla de mi papá, a quien nunca conocí. Es un tema prohibido. Y menos mal que solo transmitimos pensamientos, porque si leyera mi mente vería que pienso mucho en el padre que nunca tuve. Él, Remo, murió cuando yo tenía dos años. Era comunista. Peruano. Pero no quiero que mi vieja lea mi mente. Se pondría muy triste si pudiera ver lo que tengo en mi cabeza, así que solo transmito contenidos y temarios más bien alegres para ella, dentro de lo que puedo. A veces susurramos para que los ocupantes del departamento crean que hacemos algo de ruido, pero en general tratamos de estar mudos.

Tocamos el timbre en el 1830, la casa de mi tía María Piedad, y aparece mi prima Patricia. Sonríe. Es uno o dos años mayor que yo y la quiero harto. Está con su pelo negro largo y una chasquilla curvada con gel que cubre su frente como una sombrilla. Ha sido mi amiga desde niños. Ella tiene un equipo potente de música, parlantes, tocadiscos, sincronización de bajos y ahí, en ese portento grabamos –aunque ya no tanto como antes– programas de radio hechos por nosotros. Yo grabo leseras, comento mis videos favoritos de *Magnetoscopio musical* y ponemos la música de la serie *Miami Vice* mientras montamos un radioteatro absurdo.

Me alivia entrar a la casa para que mi vieja descanse un rato. También me alivia porque tengo mucha hambre y los almuerzos allí son abundantes.

Mi tío Roberto, su marido, murió hace dos años. Él siempre se encargaba de arreglar cañerías y enchufes y de pintar esta enorme casa en la que he vivido de allegado. Mi primer recuerdo de esta casa se remonta a cuando tenía unos tres años y vi cómo mi vieja se iba bajo la lluvia, una imagen quizás ennegrecida por demasiadas películas de terror. Eso realmente ocurrió: ella tuvo que dejarme solo en esta casa de cinco habitaciones, parrón y columpio, para hacerse un tratamiento de radiación con yodo con tal de controlar un hipertiroidismo galopante. Fueron 10 días sin ella.

Si hay una cosa que me gusta de esta casa es el piso que hay en algunas zonas. Son baldosas rojas con bordes blancos que están en el patio, en la cocina y en los baños. Como siempre miro hacia abajo, las siento acogedoras, igual que mi prima Patricia.

–Oye, ¿y qué pensái del plebiscito? Parece que voy a tener que votar.

Mi prima me pregunta de todo porque leo diarios y veo noticias en la televisión y es curiosa de mi curiosidad.

Además de mi vieja pienso que es la única persona que cree que puedo expresar algo interesante. Es querible mi prima, pero el problema es que cuando conversamos pierde la concentración rápidamente.

Carmen, la empleada, nos sirve la cazuela y la miro y ella me mira y sonrío. Nos caemos bien con la Carmen, le ayudo a lavar platos, pero no habla mucho. Sonrío conmigo porque sabe que yo sé que ella sabe que mi vieja trabajó de empleada hace años en una casa de Ñuñoa y en otra de Avenida Matta y que yo, como su hija Amanda, fui el hijo de la empleada puertas adentro.

No sé los detalles, pero sé que mi vieja no tuvo las mejores relaciones con su familia y también sé que, a pesar de una vida de comodidades en su juventud, cayó en desgracia. Son cuatro hermanos vivos: mi vieja, más mi tía María Piedad, la mayor, de 68 años; mi tía María Jesús, de 64; mi tío de Villa Frei y un difunto que, según todos, era un ángel de ojos azules. Se llamaba Alberto y murió en los años 50 a causa de un golpe eléctrico, a los 24 años, mientras trataba de solucionar un problema del tendido eléctrico. El tío Alberto trabajaba para la compañía de luz y su muerte fue la segunda muerte de la que escuché hablar. La primera fue la de mi padre.

Mi vieja no me ha querido transmitir mentalmente detalles secretos de su relación con mi padre. Y yo no he querido preguntar, porque sé que ella llora cuando lo recuerda. Lo único que le he podido sonsacar es que me tuvo a los 44 años y que mi padre tenía 26 y era peruano y comunista. Él luego moriría y ella quedaría viuda y yo huérfano.

—Teresa —así llama mi tía María Piedad a mi vieja, no María Teresa—. Anda a controlarte al consultorio, tienes una tos muy fea. No fumes más.

–Sí, Piedad –así nombra mi vieja a mi tía María Piedad: se anulaban mutuamente el primer nombre–. Vamos a hacer lo posible.

Como hermana mayor, María Piedad diseña y dirige y proyecta la existencia de mi vieja. Fue gracias a ella, y de verdad se lo agradezco, que mi mamá pudo jubilarse por invalidez hace unos años. Y a ella se le ocurrió hace pocos meses que postuláramos a un subsidio habitacional, para cumplir el sueño de la casa propia. Gracias a ella mi mamá sacó una libreta de ahorro para la vivienda y ahora mi tía está decidiendo dónde sería bueno vivir. Peñalolén, Puente Alto. Por ahí.

Siempre me quedo callado en los almuerzos de Gran Avenida. Me importa más ir a grabar estúpidos programas de radio en casete con mi prima que la sobremesa en que abundan los recuerdos de tíos abuelos nacidos en 1870 que nunca conocí o el pasado glorioso de los ancestros de mi vieja y de mi tía, españoles dueños de una cadena de boticas que criaron en la ostentación a mi tía María Piedad, mientras que sus hermanos debieron conformarse con empezar a trabajar a los 12 años lavando con agua congelada frascos de remedios para un laboratorio médico ubicado en Irarrázaval con Pedro de Valdivia.

–Permiso –digo y me voy con mi prima al patio y nos instalamos debajo del parrón. Patricia me había pedido que le ayudara a cortar uvas blancas.

Salimos por la cocina de techos altos y muebles antiguos, y nos dirigimos hacia el sol. Bajo el parrón, ella con tijeras y con un bol de plástico, dispara.

–¿Supiste? –me dice Patricia bajito, debajo de las sombras de las hojas y los racimos. Ella habla con un tono que reconozco por su cinismo y sigue susurrando para que las ancianas no nos escuchen, aunque estén en otra zona de la casa.

–¿Saber qué, Paty?

–Apareció tu hermana –me dice–. ¿No sabías? –pregunta como si interpretara mi cara desencajada– Tienes una hermana y quiere conocerte. Es un año menor que tú.

–Me estái leseando. No puede ser. Mi vieja es viuda, mi papá murió, es imposible.

–No es viuda-viuda. Ella fue madre soltera y tu papá tuvo otra hija y si tu mamá es madre soltera, o sea...

–¿O sea qué?

–O sea, eres huacho. Huachito. Naciste fuera del matrimonio. Nunca se casaron y nunca lo has sabido, mi huacho.

La Paty me abraza, pero no siento su abrazo sincero.